

ello vale atendidas todas las cosas, o sea, en sentido absoluto, no meramente en sentido relativo, como cuando decimos “*este auto es un ‘buen’ auto*” o “*esta cuchara es una ‘buena’ cuchara*”. Una acción sería buena en sentido moral solo si fuera incondicionalmente buena, para todos y en todos los casos.

Lo anterior lleva a Wittgenstein a negar la posibilidad de conocer que algo es (moralmente) “bueno” atendidas todas las cosas en el mundo. El uso del término “bueno” en sentido moral carecería así de sentido, ya que no podemos adoptar una perspectiva “fuera del mundo” desde la cual apreciar, cual si se tratara del ojo de Dios, cuando algo o alguien son buenos sin excepción o en sentido absoluto. El término bueno sólo tendría significado usado en sentido relativo².

Pese a todo lo anterior, es importante anotar que cuando el constituyente incorpora “*la moralidad*” como uno de los fundamentos del desarrollo de la actividad administrativa (quizás para combatir lo que consideraba prácticas inmorales extendidas), las dudas por la imposibilidad de conocer el contenido de la moralidad se desvanecen. Esto porque qué entendamos por “*moralidad*” dependerá ya no del uso incondicionado o absoluto del término bueno, sino de normas convencionales intersubjetivamente acordadas por la comunidad de intérpretes y agentes autorizados para aplicar el ordenamiento jurídico (ver infra “*moralidad como calificativo de la acción intencional*”).

Una tercera interpretación desencaminada del concepto de moralidad, contenida en el texto constitucional, es aquella que confunde “*la moralidad*” con una determinada *moralidad positiva*. Una cosa es que el constituyente haya querido positivizar (constitucionalizar) la moralidad en relación con el derecho público y darle carácter de principio fundante que guía el desarrollo de la función administrativa; otro asunto diferente es que

haya querido llenar de contenido sustantivo dicho concepto.

La moralidad a la que hace referencia el artículo 209 constitucional, siendo la nuestra una Constitución no confesional, sólo puede ser una moralidad crítica, esto es, una moral que puede justificarse “dentro de los límites de la mera razón” (en el decir de Kant, 1981³), sin incluir contenidos morales positivos en particular.

La moralidad crítica es formal, no sustantiva. Impone parámetros que cualquier persona racional y razonable⁴ podría aceptar por el mero hecho de concebirse como ser humano con sentido de la justicia, no por el hecho de pertenecer a una comunidad particular y compartir los valores, creencias, hábitos o costumbres de la colectividad. Muchos intentos, unos más afortunados que otros, han buscado precisar la moralidad en sentido formal. Aquí cabe mencionar dos de gran importancia.

3 Si bien Kant habla de la “religión” dentro de los límites de la mera razón, lo afirmado por él para la religión con pretensión universal vale para la moralidad. Dice Kant: “La Moral, en cuanto que está fundada sobre el concepto de hombre como un ser libre que por el hecho mismo de ser libre se liga él mismo por su Razón a leyes incondicionadas, no necesita ni de la idea de otro ser por encima del hombre para conocer el deber propio, ni de otro motivo impulsor que la ley misma para observarlo. (...) –Así pues, la Moral por causa de ella misma (tanto objetivamente, por lo que toca al querer, como subjetivamente, por lo que toca al poder) no necesita en modo alguno de la Religión, sino que se basa a sí misma en virtud de la Razón Pura Práctica.– En efecto, puesto que sus leyes obligan por la mera forma de la legalidad universal de las máximas que han de tomarse según ella –como condición suprema (incondicionada de ella misma) de todos los fines–, la Moral no necesita de ningún fundamento material de determinación del libre albedrío, esto es: de ningún fin, ni para reconocer qué es debido, ni para empujar a que ese deber se cumpla; sino que puede y debe, cuando se trata del deber, hacer abstracción de todos los fines. Así, por ejemplo, para saber si yo debo (o también si puedo) ser veraz ante la justicia en mi testimonio o ser leal en caso de que me sea pedido un bien ajeno confiado a mí, no es necesaria la búsqueda de un fin que yo pudiese tal vez conseguir con mi declaración, pues es igual que sea de un tipo o de otro; antes bien aquel que, siéndole pedida legítimamente su declaración, aún encuentra necesario buscar algún fin, es ya en eso un indigno.” (Kant 1981: 19-20)

2 Wittgenstein, L., *Conferencia sobre ética*, 2ª Ed., Paidós, Barcelona, 1990. P. 37.

4 Rawls, J., *El liberalismo político*, Crítica, Barcelona, 1996. P. 81-82.